

Alvaro de Estrella no sacó nada, pero miró sombriamente al bachiller y á sus compañeros con una expresión de reto.

## XI.

De improviso se oyó un gran tumulto en la puerta.

La guardia que el bachiller había puesto dió una oleada hácia adentro, y por el portalón de la casa arremetió un caballero armado.

Del otro lado de la puerta se vieron algunos ginetes.

El caballero llevaba casco de media bellota, capellina de mallas, una sobrevesta de paño negro, y bordada en seda, sobre ella, un águila rampante roja.

Montaba un corcel blanco con paramentos de mallas, embrazaba una fuerte adarga y mostraba terciada una robusta lanza.

Sobre el rostro llevaba un antifaz de seda.

Era, en una palabra, el caballero del Águila Roja, esto es, Zayda Fatima.

¿Cómo estaba allí? Vamos á explicarlo en el siguiente capítulo.

## CAPITULO IV.

EN QUE SE ESPLICA LO QUE SE HA PROMETIDO EN EL ANTERIOR.

## I.

Nos vemos obligados á retroceder al momento en que el conde don Diego Lope Diaz de Haro y Zayda Fatima con sus aventureros, salieron de la Selva del Abrojo para ir á buscar los escondidos tesoros del conde.

En cinco dias, en buenas jornadas llegaron al fin una noche á un lugar agreste á las orillas del Duero, á una profunda gruta cuya entrada estaba completamente cubierta por la maleza.

Rompieron los aventureros con sus hachas esta maleza, penetraron el conde, Zayda Fatima y algunos de los suyos con antorchas de tea que llevaban prevenidas, y allá en un escondrijo de la gruta el conde dijo:

—Levantad aquí la tierra.

Cavaron un poco dos hombres con útiles que tambien á prevención llevaban, y á poco se descubrieron cinco piedras blancas que formaban una cruz.

—Aquí es, dijo el conde; cavad con brio porque está profundo.

Se cavó bravamente, y al cabo de media hora uno de los azadones chocó en hierro.

Quedaron al fin descubiertos dos cofres como de una vara de largo por media de alto y ancho.

Se sacaron fuera del hoyo á fuerza de brazos porque eran muy pesados, y Zayda Fatima los forzó de un solo golpe cada uno con su maza de armas.

Aquellos cofres estaban llenos de bolsas de cuero que contenian cada una mil doblas de oro alfonsinas de las viejas, cuyo valor venia á ser en cada una el de sesenta reales de nuestra moneda.

Cada dobla de estas valia treinta y ocho maravedises viejos de plata.

Contadas las bolsas, se halló que en cada arca habia ciento cincuenta, es decir, trescientas mil doblas alfonsinas, lo cual montaba á unos diez y ocho millones de nuestra moneda.

Esto era un recurso que el conde habia ocultado para en el caso de una confiscacion ó de un suceso que le dejase ostensiblemente pobre, lo que demostraba que el buen conde don Lope Diaz de Haro durante su privanza, habia sido una bravísima sanguijuela del real erario.

Aquellas bolsas se distribuyeron para que las llevaran, haciéndoles cargo de ellas, á los aventureros, y es de admirar que ninguno desertó llevándose la parte que se le habia entregado, que venia á ser para él un tesoro.

Volviéronse el conde y Zayda Fatima á Castilla, entráronse en Medina del Campo, y desde allí Zayda Fatima escribió á la reina la carta siguiente:

Señora: Don Gutierre de Silva, capitan aventurero sobrenombrado el caballero del Aguila Roja, viendo el encarnizamiento con que los traidores acometen á vuestra señoría, y la necesidad en que vuestra señoría se halla de leales servidores que defiendan al señor rey don Fernando el IV, vuestro hijo, legítimo señor de estos reinos, ruega á vuestra señoría le conce-

da licencia para levantar bandera y tomar por su cuenta gente á sueldo en servicio del rey.

Esta carta obtuvo una respuesta satisfactoria, y Zayda Fatima levantó bandera en Medina del Campo, y echó pregones ofreciendo un sueldo de cuatro maravedises viejos á todo hombre ginete probado en armas y que quisiese servir al rey en la compañía franca del caballero del Aguila Roja.

## II.

Compraba además Zayda Fatima por lo que la pedian, caballos y armas, que escaseaban á causa de la guerra, y al principio del mes de mayo salió una tarde de Medina del Campo con una fuerte compañía de quinientos caballos y mil quinientos peones ballesteros.

Dos dias despues, Zayda Fatima acampaba con su gente alrededor de la ermita de Nuestra Señora del Cármen, pequeño edificio gótico de piedra, cerca entonces de Valladolid, y comprendido hoy en él, y en cuyo sitio se erigió mas tarde el monasterio del Cármen descalzo.

## III.

A aquel sitio habian ido por consejo del conde don Lope Diaz, á quien, sea dicho de paso, no conocian los soldados de Zayda Fatima sino con el apellido del caballero Sin nombre.

A mas de esto, el conde llevaba siempre sobre el semblante un antifaz de hierro.

—Habeis de saber, dijo el conde á Zayda Fatima cuando hubo acampado con su gente á poca distancia de la ermita, que os he traído aquí, porque aquí muy cerca tenemos una puerta del alcázar mayor de Valladolid.

—¿Cómo es eso? preguntó Zayda Fatima.

—Habeis de saber, contestó el conde, que cuando el rey don Alfonso mandó labrar el alcázar mayor, encargó secretamente á los alarifes hiciesen en él salidas ocultas, y una de ellas es una mina que empieza en la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y va á parar á la galería de los Apóstoles del alcázar mayor, por cuya galería se pasa, ya á los aposentos del rey, ya á los de la reina, ya á la cámara del Trono: en esta galería nunca hay guardas, porque pertenece al interior de los aposentos del rey y de la reina: guardó el maestro mayor de las obras el secreto, hasta que rebelándose don Sancho contra su padre, le proclamaron por rey todos los reinos de don Alfonso: entonces el maestro mayor creyó que debía revelar el secreto á don Sancho, y se lo reveló; este á su vez me lo reveló á mí, como que yo era sus piés y sus manos y no veía mas que por mis ojos: la ermita del Cármen fué construida al mismo tiempo que el Alcázar, como que puede decirse que forma parte de él. Esta ermita se encargó á dos santos varones, tan recoletos, que nunca salen fuera de ella, y que siempre ha de estar uno en oracion y de rodillas delante de la Santísima Virgen mientras descansa el otro. La puerta es una reja que no se abre nunca sino cuando está enfermo alguno de los ermitaños, que por esta reja reciben las limosnas de que se alimentan.

—Y siendo esto así, dijo Zayda Fatima, ¿cómo podemos usar de la mina por donde se llega al Alcázar?

—Esto se habia tenido en cuenta, dijo el conde don Lope, y por lo mismo la entrada de la mina no está dentro de la ermita, sino fuera, y es su puerta una lápida de mármol, en que hay una inscripcion en que se habla de la ereccion de la ermita y de las indulgencias concedidas por el Papa Nicolás IV á los que fuesen devotos de la Santísima Virgen del Cármen que en esta ermita se venera: la lápida tiene un ingenioso juego de hierro en la parte interior que se pone en movimiento, metiendo un puñal por la juntura, cerca de la parte superior derecha de la lápida, y apretando con fuerza, se encuentra una profunda escalera, al cabo de ella una mina, y continuándola y llegando á su cabo se

encuentra otra altísima escalera que termina en una puerta secreta, por la que se entra en la galería de los Apóstoles.

—Pues habeis hecho muy bien en aconsejarme que vengamos á acampar cerca de esta ermita. Mañana estarán acabadas de construir las barracas, y cuando el campo esté en orden, daré aviso á la reina mi señora, por si quiere visitar nuestro pequeño ejército.

—Pequeño en el número, pero grande en la calidad, dijo el conde: con huestes menores se han llevado á cabo altísimas empresas: ¿vais á daros á conocer á la reina?

—Sí, no tengo por qué ocultarme de ella; su señoría es la prudencia misma: y vos ¿guardareis vuestro incógnito?

—¿Quién sabe! contestó el conde don Lope.

## IV.

Zayda Fatima activó la construccion de las barracas que debian servir de cuarteles á su gente, cercó con un foso el campo como si hubiera estado al frente de una ciudad sitiada, y cuando todo estuvo en orden, envió á su alférez á Valladolid con una carta para la reina.

«Señora, decia esta carta: El caballero del Aguila Roja ha puesto su campo junto á la ermita de Nuestra Señora del Cármen, y lo avisa á vuestra señoría por si quiere ver la brava gente que ha tomado á sueldo para servirlos.»

La reina no se hizo esperar.

Al dia siguiente, una brillante cabalgata, á cuya cabeza iban la reina doña María y el jóven rey, pasaba por la poterna de la estacada del campo de Zayda Fatima, y se dirigia á una gran tienda situada en el centro.

Los ginetes, con las bandas de ballesteros á los costados y el estandarte alto, estaban formados en una especie de gran plaza que se estendia delante de los cuarteles.

Las trompas, los clarines y los atabales tocaban con un alto estruendo una brava marcha guerrera.

Zayda Fatima y el conde don Lope, armados de los piés á la cabeza y cubiertos los semblantes con antifaces, adelantaron.

Zayda Fatima dobló la rodilla para servir de estrivo á la reina doña María, y lo mismo hizo el conde don Lope respecto al jóven rey.

Desmontaron y entraron en la gran tienda situada en el centro del campo.

Aquella tienda, en lo interior, estaba entapizada de paños rojos, y en las lanzas que la sostenian se veian trofeos militares.

Una gruesa alfombra cubria el terreno, y en el centro de uno de los costados, en el frente de la puerta, habia magníficos almafares morunos destinados para que descansasen el rey y la reina.

Acompañaban á estos don Diego Lopez de Haro, don Juan de Alburquerque y el infante don Juan, que habian mirado de reojo aquel bravo escuadron de lanzas con sus mangas de ballesteros, que habian visto en buen órden al pasar por el campo.

Parecíales estraño que un simple capitán de aventureros se arrojase á hacer lo que no podia hacer un rico hombre, por lo respetable del número de la mesnada y por lo bien apercebida, y atribuíase aquello á cosa de la reina, hecha sigilosamente y como quien empieza á prevenirse, proveyéndose de fuerzas propias contra antiguas é intolerables supeditaciones de vasallos traidores y ambiciosos.

Nada tenia de estraño que pensasen así aquellos nobilísimos y rebeldísimos señores siempre que les convenia, porque el que siempre se vale de malas artes, no cree nunca en la buena fé de los demás.

Para ellos, el hecho de ir á visitar la reina aquel campo, no era otra cosa que una hábil disimulacion; y creyéronlo mucho mas cuando vieron á los dos caballeros armados que parecian capitanes de aquella gente, cubiertos los semblantes con antifaces negros, de hierro el uno, y de seda el otro.

Zayda Fatima tenia sus armas y su sobrevesta de costumbre; en cuanto al conde, y como en señal de luto, llevaba sobre las armas un sayo de lana blanco, sin divisa alguna: las largas mangas del sayo le ocultaban las manos, y no podia notarse la falta de la derecha.

## V.

El rey, que habia cumplido ya los trece años, estaba alto, robusto y desarrollado; mostraba ya aquella fiera espresion que marcaba en él el terrible carácter que tan funesto le fué durante su breve reinado.

Tenia la altivez y la bravura de su padre, y la mirada profunda, tenaz, incontrastable, lúcida, de su abuelo el rey don Alfonso el Sabio.

La reina saludó graciosamente y con aquella noble llaneza que constituia una de las prendas mas bellas de su carácter á los dos capitanes que hincaron sucesivamente la rodilla y sucesivamente besaron las manos del rey.

## VI.

—¿Quiénes sois que tan encubiertos os mostrais? dijo el rey mirando fijamente á Zayda Fatima y al conde: ¿qué os impide el mostrar el semblante?

Se le habia alterado y enronquecido de tal manera con los años y los sufrimientos la voz al conde don Lope, que no tuvo reparo en hablar para que le oyesen la reina y aquellos señores que tanto le habian conocido, seguro de que por la voz no podian conocerle, y dijo:

—No hay mancilla ni crimen en nosotros que nos impida el mostrar los semblantes, señor; y por lo que por vuestra señoría

haremos, si necesario fuese, se mostrará bien claro hasta dónde llegan nuestra lealtad y nuestro amor por vuestra señoría y por la reina mi señora: yo, por largas historias pasadas, he hecho voto de llegar hasta la muerte con el rostro cubierto, voto solemne que no puedo romper sin la dispensacion del Soberano Pontífice; otrosí, he hecho voto y lo cumplo de no tener nombre, y por eso me llaman el caballero Sin nombre. En cuanto á mi compañero, su voto es mas terrible, puesto que ha jurado no hablar mas que conmigo, ni mostrar el semblante, ni desceñirse el arnés, ni comer pan á manteles mientras sea necesario enristrar la lanza por vuestra señoría ó por la noble reina mi señora, y estos votos cumpliremos entrambos, porque á ello nos hemos obligado con Dios por razones bastantes que suplicamos á vuestra señoría estime por valederas.

—¿Y qué confianza podemos tener la reina y yo en aventureros que ofrecen servirnos con gente de guerra pagando ellos su sueldo, si no les conocemos? dijo el rey.

—Las obras son las mejores razones para conocer á las personas, y tal haremos, que antes de mucho no pueda quedar duda acerca de nuestra lealtad.

—¿No os llamásteis don Gutierre de Silva, caballero del Aguila Roja, en la carta en que me pedisteis licencia para levantar gente de guerra en Medina del Campo? dijo la reina, que miraba intensamente á Zayda Fatima, que á su vez fijaba en la reina á través de las aberturas de su antifaz la mirada ansiosa de sus lucientes ojos negros.

—Señora, contestó el conde don Lope respondiendo por Zayda Fatima: mi compañero no se llama don Gutierre de Silva: como se llama, Dios lo sabe; este es un nombre adoptado como se pudiera haber adoptado otro cualquiera, y suplicamos á vuestra señoría nos perdone si no podemos romper nuestro incógnito por la gravedad de nuestros votos; pero, señora, de hoy mas, y mientras nosotros alentemos, el traidor que se atreva á vuestra señoría ó á su señoría el rey, habrá de medirse de poder á poder contra nosotros, y de esto pongo por testigos á los cielos que me escuchan.

—Gracias, caballeros, gracias, dijo la reina, que no cesaba de mirar profundamente á Zayda Fatima; yo, quienes quiera que seais, os recibo por mis vasallos, acepto vuestro pleito homenaje, y agradezco vuestros servicios.

—Y yo, dijo el rey, espero que llegue un dia en que al recompensaros, pida dispensacion de vuestros votos al Santo Padre para conoceros.

Después de esto, el conde y Zayda Fatima besaron de nuevo las manos al rey y á la reina, que salieron, montaron, doña María en su hacanea, en su corcel don Fernando, en los suyos los señores que los acompañaban, y partieron, precedidos hasta fuera del campo por el conde y por Zayda Fatima, saludados por la marcha guerrera que tocaban las trompas, los clarines y los atabales de la gente de armas.

## VII.

—Conde, conde, dijo con marcada emocion Zayda Fatima cuando se hubieron alejado el rey y la reina con su comitiva: la reina me ha conocido, lo he visto en sus ojos que me han hablado. ¿Habeis visto nada, nada que sea tan espresivo y tan noble como los ojos de la reina?

—Su señoría, contestó el conde entrando con Zayda Fatima en la tienda, no puede creer que una dama tan delicada como vos se haya convertido en capitán de aventuras.

—Os olvidais de que el infante don Juan Manuel me vió y habló conmigo en la Selva del Abrojo.

—El infante don Juan Manuel ha guardado el secreto, y lo prueba el que al contestaros la reina concediéndos la licencia de levantar gente, lo hizo como si no os conociera, que á saber que os ocultábais bajo el nombre del caballero del Aguila Roja, os contestara de otro modo.

—Pues os juro que me ha reconocido, y en prueba de ello tendremos pronto las consecuencias.

—Y bien, ¿qué importa que la reina os conozca, si solamente la reina os conoce? ¿No es la reina la prudencia misma? ¿Creeis que revelará á nadie que el caballero del Aguila Roja es doña María de Granada y de Molina, hija del rey Mojammet-el-Ansarí?

—¡Ah, no! exclamó ardientemente Zayda Fatima: la reina mi señora comprenderá que gravísimas han debido ser las razones que me han obligado á esta trasformacion, y sobre todo tendrá una gran confianza en nosotros; la reina no se engaña nunca, parece que tiene don de adivinacion, ve en el semblante de los que se le acercan su alma, y nunca confía ó desconfía en balde; si me ha reconocido, como creo, mejor.

—Creo que os engañais, que no hay tal reconocimiento por parte de la reina.

—Conoce demasiado mi mirada de amor, don Lope.

—Pues si eso es así, repito lo que vos decís, mejor.

## VIII.

Aún no habia pasado una hora, cuando llegó un hidalgo á caballo á la puerta del Campo, y pidió hablar con el caballero del Aguila Roja.

Avisaron á Zayda Fatima, y esta recibió al hidalgo, que le dijo:

—Yo, señora, soy Gaspar de Mendoza, aposentador de la reina nuestra señora, que á vos me envia con estas letras.

Y dió á Zayda Fatima un pergamino enrollado, sujeto con un cordon de seda y oro, y sellado este con cera encarnada, en que se veian las armas reales.

Zayda Fatima besó el pergamino, le desenrolló y leyó lo siguiente:

«Creo no haberme engañado, creo haberos reconocido; si así

es, romped la punta de este pergamino y entregadlo al que le ponga en vuestras manos; es hombre de gran confianza; si queis, podeis darle una carta para mí.»

Estas líneas no tenian firma ni estaban escritas de mano de la reina.

## IX.

Zayda Fatima entregó el pergamino al conde don Lope.

—Y bien, dijo este; ¿me permitís que escriba en vuestro nombre y en el mio á su señoría?

Zayda Fatima inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El conde don Lope se acercó á una mesa que habia en la tienda, tomó del recado de escribir un pergamino y escribió lo siguiente:

«Reina y señora: Vuestra señoría no se ha engañado; habeis verdaderamente reconocido la persona que se oculta bajo el nombre de caballero del Aguila Roja: si vuestra señoría quiere saber las causas de la trasformacion de esta persona, recibid esta noche en vuestra cámara á un resucitado, á quien todos creen muerto, y que solo para vos romperá su incógnito. Conozco las entradas secretas del alcázar mayor, y puedo llegar hasta vuestra cámara por la galería de los Apóstoles, si está libre de gentes, á la hora que me mandeis. Por bajo de estas líneas me recomendará á vuestra señoría la persona á quien habeis reconocido, y de cuya lealtad no podeis dudar.»

El conde mostró á Zayda Fatima lo que habia escrito.

Zayda Fatima escribió por debajo:

«Puede vuestra señoría recibir sin temor al caballero Sin nombre que ha escrito lo que antecede; yo aseguro su lealtad.»

Enrolló el conde este pergamino, le ató, le selló y lo entregó á Gaspar de Mendoza, que partió.

## X.

Aún no pasada otra hora, volvió el mismo Gaspar de Mendoza con otro pergamino en que se leía:

«Podeis venir los dos esta noche por donde me habeis indicado; á la hora de maitines os espero.»

Tampoco habia escrito la reina este pergamino; estaba escrito de la misma mano que el anterior.

Zayda Fatima regaló una sortija de gran precio á Gaspar de Mendoza y le dió otro pergamino en que se leía:

«Iremos á la hora de maitines, esta noche.»

## XI.

La entrada de la mina que conducia directamente desde la ermita de Nuestra Señora del Cármen á la galería de los Apóstoles del Alcázar, habia sido reconocida por Zayda Fatima y el conde, que aunque con trabajo, por estar enmohecido su juego de hierro, habian hecho practicable.

Despues, aquellos muelles habian sido suavizados y puestos al corriente.

Habian recorrido la mina, y la inmensidad de telas de araña que en ella habia, les demostró que durante muchos años nadie habia pasado por ella.

El conde y Zayda Fatima limpiaron por sí mismos la mina, porque se ocultaban de todos para penetrar en ella, y podia decirse que ni los ermitaños ni los soldados de Zayda Fatima sabian que aquella mina existiese.

Ya en la alta noche, cuando era de suponer que estuviese abandonada la galería de los Apóstoles, Zayda Fatima y el con-

de habian reconocido por la parte interior y hecho practicable la puerta que correspondia á la galería.

## XII.

Siglos fueron los minutos y eternidades las horas que pasaron hasta la de maitines de aquella noche, tanto para Zayda Fatima como para el conde.

Cuando estuvo próxima la hora, el conde se echó sobre las armas su hábito negro de benedictino, y salió con Zayda Fatima del campo, cuya poterna se cerró apenas salieron.

Segun las órdenes de Zayda Fatima, ninguno de sus soldados podia salir del campo.

La ermita distaba de él como tres tiros de ballesta, y la rodeaban unos espesos álamos negros.

Era la noche oscura: Zayda Fatima y el conde llegaron á los árboles, recorrieron el sendero que entre ellos se estendia, y llegaron á la ermita.

El conde se acercó recatadamente á la reja que cerraba su puerta, y vió á uno de los ermitaños en oracion de rodillas delante del altar.

El conde dejó una dobla de oro de la Banda en el cepillo de hierro colgado de la reja y destinado á recibir la limosna.

Despues de esto se volvió hácia el ábside de la ermita, donde estaba Zayda Fatima junto á la puerta secreta.

El conde la abrió, penetraron ambos, cerró el conde la puerta y sacó de debajo del hábito un farol que llevaba encendido, y alumbrándose con él recorrieron la mina, llegaron á su otro extremo, abrieron la puerta y se encontraron en la galería de los Apóstoles, que estaba completamente desierta.